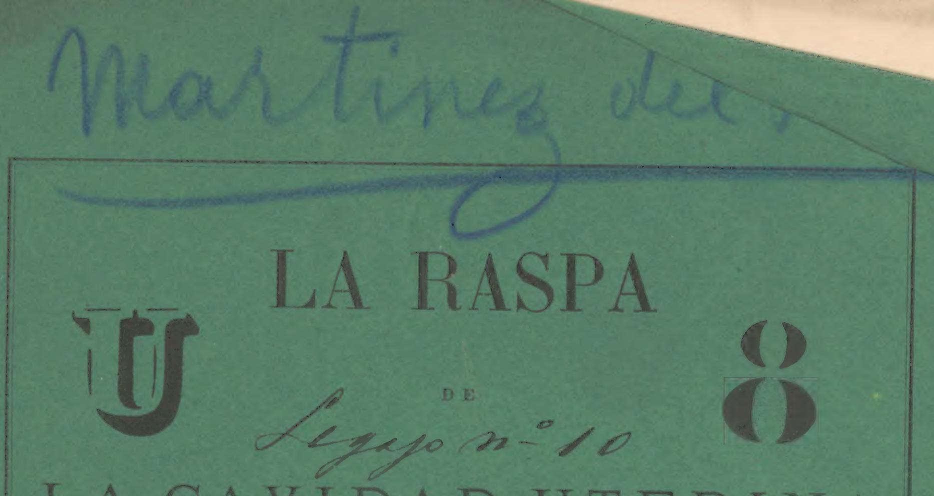


LA RASPA

DE

LA CAVIDAD UTERINA

POR

El Doctor Martínez del Rio.

SEGUNDA MEMORIA

(Véase la entrega núm. 19 del tomo IX de la *Gaceta Médica de México*, de Octubre de 1874.)

MÉXICO

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE,
BAJOS DE SAN AGUSTIN, NUM. 1.

1878

LA RASPA

DE

LA CAVIDAD UTERINA

POR

El Doctor Martínez del Rio.

SEGUNDA MEMORIA

(Véase la entrega núm. 19 del tomo IX de la *Gaceta Médica de México*, de Octubre de 1874.)

MÉXICO

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE,

BAJOS DE SAN AGUSTIN, NUM. 1.

1878

CUANDO tuve el honor de leer ante esta respetable Academia mi opúsculo relativo á la raspa de la cavidad uterina, contraje el compromiso de comunicarle el resultado que presentara la continuacion de este estudio, que emprendí con el objeto de propagar en México un adelanto de nuestro arte. —Y como nuestro Reglamento me obliga á leer en la actual sesion algun trabajo original que me sea propio, he creido que seria esta la mejor ocasion para cumplir mi promesa.

Aunque al principio encontró esta nueva operacion entre nosotros muchos opositores, y áun detractores, como sucede generalmente con toda clase de innovacion, es preciso confesar que ha disminuido notablemente esa oposicion á medida que ciertas preocupaciones se han ido estrellando contra la autoridad de los hechos. Los que combatian esta nueva práctica estaban contrariando el progreso de la ciencia, y sin duda lo habrán conocido ellos mismos, ya que parecen haber depuesto la hostilidad más ó ménos fervorosa que mostraron al principio. Como la verdad es invariable é indestructible, los hechos prácticos han venido demostrando diariamente que la verdad está en favor de la nueva operacion.

Con efecto, estando ya muy bien probado que generalmente la menorragia está ligada con las fungosidades que con tanta frecuencia se crian en la cavidad uterina, era lógico y arreglado á los sanos principios de la cirugía el quitar esa causa para suprimir así el efecto. Esto que con su claro talento discurrió el célebre Recamier, muy pronto lo demostró él mismo con hechos prácticos; pero como su procedimiento operatorio era defectuoso, se entibió en sus principios ese importantísimo adelanto de la Ginecología por algunos accidentes desgraciados. Vino por fin el nuevo método de operar que inventó el distinguido Dr. Sims, con el cual la raspa de la cavidad uterina se hace de una manera más eficaz y más inocente, suponiendo por supuesto la debida pericia por parte del operador.

Cuando salí yo de Paris en el mes de Abril de 1870, solo practicaban todavía esta operacion los principales cirujanos de aquella metrópoli por el método antiguo de Recamier, de lo cual fui testigo ocular. El Dr. Sims, que por causas políticas se habia alejado de su patria y ejercia provisionalmente en Paris, era entónces el único que allí empleara su propio método; y habiendo tenido él la bondad de iniciarme prácticamente en sus ideas relativas á esta materia, de esta circunstancia resultó el hecho curioso de haberse propagado el nuevo método

operatorio en México mucho ántes que en Paris.—En el dia es ya una práctica general allí como en el resto de la Francia.

Tambien es un hecho curioso que miéntras que en el seno de esta Academia se combatia con sobrado calor la operacion de la raspa que yo procuraba aclimatar en México como un importante progreso de la ciencia, al recibir mi opúsculo el eminente ginecologista, Dr. Roberto Barnes, de Lóndres, me escribió á vuelta de correo; y, por la honra de la ciencia mexicana, me permitiré extractar algunas palabras de esa carta: dice así el texto:

« Agradezco á vd. mucho que le ocurriera mandarme un ejemplar de su muy « interesante Memoria sobre la raspa de la cavidad uterina. La experiencia de « vd. ciertamente modificará mis ideas con respecto á esta operacion.»—« (Your « experience will certainly modify my views respecting this operation.»)

No solo es el Dr. Barnes autor del excelente Tratado de Ginecología que lleva su nombre, sino tambien catedrático de esta materia y de Obstetricia, etc., y considerado además con mucha razon como la primera espada que hay en el dia en Lóndres para las enfermedades de mujeres. No dudo, pues, que la Academia verá con agrado la opinion de un profesor tan eminente sobre un trabajo que salió del seno de esta corporacion.

No ménos satisfactorio es para mí el poder asegurar á la Academia que despues de practicar 111 operaciones de raspa, no he tenido motivo para variar las ideas que sobre este punto de la ciencia tengo ya emitidas; sino que, al contrario, esas ideas han sido plenamente confirmadas por los nuevos hechos que actualmente paso á analizar.

Mi primera Memoria se referia á una serie de cuarenta y una operaciones: la segunda serie que ahora presento comprende, pues, setenta operaciones.

La Academia recordará sin duda que en la primera serie se presentaron varios casos complicados con accidentes más ó ménos graves, aunque en ninguno de ellos llegó á morir la enferma por causa de la operacion: el único que tuvo un término funesto presentó en la autopsia el útero absolutamente intacto, miéntras que la rotura de un tumor maligno del ovario derecho y una hemorragia interna debida á este accidente, explicaban de una manera muy evidente el orígen de la muerte: las piezas anatómicas fueron presentadas á la Academia en plena sesion. . . . . . .

Mucho más favorable y áun sorprendente ha sido el resultado de la segunda serie, ya que los setenta casos que ella comprende no presentaron un solo accidente digno de notarse, á no ser, en dos casos, una ligera reaccion uterina fácilmente dominada. ¿De qué ha dependido una diferencia tan grande entre los resultados de las dos series?—¿Seria por ventura debido esto á una pura casualidad,—ó tal vez á la mayor pericia que pude adquirir al repetir tantas veces una misma operacion? Sea de esto lo que fuere, las setenta nuevas operaciones que tengo registradas, demuestran de una manera evidente é irrecusable que, siendo bien ejecutada, esta operacion es tan inocente como eficaz para contener la menorragia. Y como algunos facultativos muy distinguidos han combatido

esta nueva práctica, alegando que era muy peligrosa, conviene hacer patente ese error, para que así no se vean privadas de tan poderoso auxilio las enfermas que lo necesiten.

En ambas series, es decir, en las 111 operaciones que llevo practicadas, casi siempre se observó que el efecto inmediato fuera plenamente satisfactorio, cediendo la menorragia como por encanto. En la gran mayoría de los casos, una sola operacion ha bastado para obtener una cura radical y definitiva: como ejemplo puedo citar, entre tantas otras, á la primera enferma que operé hace más de ocho años, hermosa mujer, que desde entónces disfruta de una salud perfecta, y así me lo ha explicado ella misma recientemente.

De las 111 operaciones que llevo mencionadas, solo 11 han necesitado segunda operacion: á dos de éstas fué preciso operar tercera vez; una de ellas lo habia sido en la primera ocasion por el distinguido y malogrado Brassetti: la otra es esposa de médico, y desde la tercera operacion, que practiqué el 30 de Diciembre de 1875, hasta la fecha actual, su menstruacion se ha efectuado de una manera enteramente normal. Es de advertir, que las once enfermas que necesitaron nueva operacion todas habian disfrutado en el intervalo un período más ó ménos largo de buena salud.

Tambien debo advertir que varias de mis operadas lo han sido recientemente; pero del conjunto de todas ellas resulta, que de 111 operadas solo once necesitaron que se repitiera la operacion, es decir, una sobre diez.—Lo cual es bien poco si se considera que las mismas causas que determinan la formacion de las fungosidades pueden seguir obrando y hacer retoñar esas producciones morbosas. Ya dije en mi primera Memoria que, con el objeto de evitar la reproduccion, acostumbro hacer aplicaciones intrauterinas con una fuerte solucion de nitrato de plata y por medio de un pincel.

Aunque muchas de mis operadas pertenecian á la clase pobre y ambulante, he podido adquirir noticias, ya directa ó ya indirectamente, de la gran mayoría de dichas operadas, en diversas épocas, averiguando así que no se habia renovado la menorragia: algunas de ellas que, por motivo de su enfermedad, habian caido en estado de esterilidad, han vuelto á tener hijos despues de la operacion: varias de mis operadas son esposas de médicos.

Tres de las once operadas por segunda vez lo habian sido la primera por otros facultativos, una de ellas muy recientemente; y como yo pude extraer una cantidad notable de fungosidades, se infiere naturalmente que las primeras operaciones no se habian practicado de una manera completa. Así es que, respecto de esas tres, tambien se puede creer que tal vez hubieran dado un resultado favorable y definitivo desde la primera vez, si se hubiera hecho la operacion con más acierto. Y hago mencion de este hecho con el único objeto de demostrar que puede muy bien frustrarse el resultado, no por culpa de la operacion, sino por la del operador; y que, por otra parte, no se debe abandonar el método, ni desanimarse el que lo haya aplicado en vano; porque no es fácil llegar á la perfeccion del primer golpe, sino que, áun para las operaciones más sencillas,

se necesita cierta experiencia práctica, —muy particularmente cuando se trata de una operacion que es de puro tacto.

Habiendo notado casi siempre en mi registro las dimensiones del útero ántes de operar, puedo asegurar á la Academia que, con muy raras excepciones, encontré confirmado el hecho que ya habia señalado en mi primera Memoria de coincidir la existencia de las fungosidades con un útero más ó ménos abultado. Solo en una de las operadas, nulípara, encontré 5 centímetros, y en otra 6; pero al lado de éstas se presentaron otras, que siendo tambien nulíparas, tenian un útero relativamente enorme: dos de éstas, á pesar de ser jóvenes, tenian una 8 ½ y la otra 10 centímetros!! Entre las que habian parido, el número 60 presentó 10 ½ centímetros: el número 57, 12 ½ centímetros: por fin, en un caso entró muy fácilmente todo mi histerómetro de Huguier que mide 15 centímetros!!—Estos datos bastarán para dar una idea del volúmen del útero entre las menorraicas. El tamaño más comun entre ellas varia de 7 á 9 centímetros.

Hasta ahora se habian considerado las metrorragias que acompañan á los cuerpos fibrosos del útero como puramente sintomáticas de esa enfermedad: no parecia, pues, la raspa aplicable á esos casos.—Sin embargo, estrechado por la fuerza de las circunstancias, hube de practicar esta operacion en cuatro de esos casos, aunque con positiva repugnancia; pero el resultado fué tan feliz en tres de ellos, que me parece muy digno de fijar la atencion de la Facultad, y propio para ensanchar el campo de la raspa con provecho de las mujeres interesadas.

Una de esas operadas, mujer de cincuenta y tres años, y viuda por segunda vez, tenia un fibroma del tamaño de un durazno, y hacia cinco años que sufria fuertes hemorragias, en el último año casi constantemente: era persona muy delgada y de un aspecto macilento, madre de dos médicos.—¿Se podria llamar menorragia en semejante edad la sangre que ella perdia?—¿No seria más bien esa pérdida sintomática del tumor fibroso que ocupaba la region anterior y derecha del útero?—En todo caso debo explicar que la raspa produjo pocas fungosidades; pero que, no obstante, desde el dia de la operacion, que fué el 1.º de Setiembre de 1875, hasta la fecha actual, la sangre no se ha vuelto á presentar!! Desde entónces no ha cesado de disfrutar muy buena salud esa señora, y así me lo manda decir cada rato con sus expresiones de gratitud.

Otra enferma, análoga á la anterior, tenia un fibroma del tamaño de una lima, y fué operada por mi el 23 de Setiembre de 1875: era mujer de treinta y un años, y hacia ocho meses que sufria fuertes menorragias. La raspa produjo gruesas y abundantes fungosidades: al mes siguiente la menstruacion era ya muy escasa y solo duró tres dias. Por via de estudio he seguido los pasos de esta operada, y puedo asegurar á la Academia que ella se conserva enteramente libre de hemorragias: así me lo ha repetido hoy mismo (9 de Julio de 1878), habiendo engordado notablemente y presentando el aspecto de una vigorosa salud.

La tercera menorraica con fibroma, del tamaño de una naranja, fué operada el 19 de Mayo de 1875. Segun me escribe el Dr. Palacios, médico de Miraflo-

res, ella continuó bien despues de la operacion hasta una noche de Pascua, que por un exceso de glotonería, le atacó una apoplegía seguida de parálisis, y más tarde orígen de su muerte.

La cuarta enferma de esta clase es una señorita doncella, de cuarenta años, operada por mí el 10 de Octubre de 1877. El fibroma que tiene esta enferma es enorme, de manera que su vientre parece el de una mujer embarazada de seis meses por lo ménos: la cavidad uterina midió 15 centímetros!!—Las fungosidades que extraje fueron muy pocas, y hasta la fecha actual la menorragia ha persistido sin ninguna modificacion notable.

Habiendo, pues, advertido que en los casos de fibroma uterino la hemorragia suele ser debida á la complicacion de esos tumores con las fungosidades de la cavidad uterina, me atreví á proponer la operacion de la raspa en varios casos de afecto maligno, pero todavía incipiente, del cuello uterino, y puesto en práctica este pensamiento por otro facultativo, el resultado ha sido plenamente satisfactorio. Suprimiendo así la pérdida de sangre, las pacientes lograron un alivio muy notable, y presentaron en seguida una condicion más favorable para atacar la degeneracion del cuello por medio de su extirpacion. Si fuera preciso invocar alguna autoridad para justificar ese procedimiento, fácilmente la encontraríamos en el que usaba con singular audacia el finado y distinguido Dr. Simon, de Heidelberg, quien raspaba el mismo cáncer uterino con un instrumento muy afilado y atrevido: despues de haber tenido éste en mis manos, nunca lo quise adquirir porque me pareció muy peligroso. Pero respecto de la raspa en los casos ya indicados, considero que ella queda autorizada por el hecho práctico del éxito feliz.

Habiendo tomado empeño por acreditar entre nosotros el tratamiento de la menorragia que discurrió el célebre Recamier, y cuyo método operatorio ha modificado de una manera tan feliz el eminente ginecologista Marion Sims, me he considerado en el deber de vindicar ese tratamiento de los defectos verdaderamente quiméricos é infundados que algunos facultativos le han atribuido. Para conseguir ese objeto era preciso estudiar este punto de práctica con rigurosa exactitud, y así he procurado hacerlo hasta donde alcanzaran mis pocas luces.—El resultado de mis investigaciones me ha convencido cada dia más y más de las grandes ventajas que presenta este método sobre los de otra categoría: generalmente su resultado es brillante y se obtiene en pocos dias; y, supuesta siempre la debida habilidad por parte del operador, nadie podrá negar que tambien es muy inocente, —mucho más ciertamente que las aplicaciones de ácido nítrico, del trozo de nitrato de plata, etc., que han causado ya algunas desgracias, miéntras que su eficacia no es comparable con la de la raspa, que en pocos momentos extirpa la causa, y así pone fin á los efectos. Varias de mis operadas habian sido tratadas anteriormente por las aplicaciones más enérgicas que se conocen, como las que he citado, —el nitrato ácido de mercurio y la pasta de Cancoin, y siempre infructuosamente, —hasta que vino la raspa á poner término á la menorragia.

Como yo no quisiera caer en el vicioso extremo de la exageracion, tampoco pretendo presentar la raspa como un arbitrio absolutamente infalible, pues por las diestras manos del Dr. Sims vi operar una menorraica sin ningun resultado inmediato, y en mi primera serie consta que una de las operadas que obtuvo luego una salud perfecta habiendo sido muy fuertemente menorraica, no presentó ese resultado inmediatamente, sino despues de los toques que le hice con la solucion del nitrato de plata. Pero si se considera con imparcialidad el resultado de la nueva serie que actualmente presento, será preciso confesar, que plenamente justifica la preferencia que yo recomiendo para este modo de combatir la menorragia.

Por otra parte, debemos recordar que en ciertos casos es fácil equivocar el diagnóstico, por ejemplo, cuando se trata de un afecto maligno é incipiente del útero que, en lugar de principiar por el cuello, como sucede generalmente, principia por el cuerpo de esa entraña: se comprende que en esos casos la hemorragia podrá ser independiente de fungosidades, y qué por consiguiente, la raspa podrá ser infructuosa.

Muy especialmente llamo la atencion de la Academia sobre las dos ideas nuevas que le presento actualmente, á saber: la aplicacion de la raspa en los casos de fibroma y en los de afecto maligno é incipiente del cuello, acompañados de menorragia.

Algunos han creido que yo prodigo esta clase de operaciones, juzgando sin duda por el número de las que llevo hechas, que no deja de ser crecido: creo que una pequeña explicacion bastará para disipar ese error. Como iniciador y propagador de esta nueva práctica en México, naturalmente me encontraba yo señalado para aplicarla: por otra parte, era tambien natural que tomara á pechos el estudio de una materia que creía de sumo interés práctico, aprovechando con ese objeto muchas ocasiones que me presentaban las menorraicas pobres que otros médicos desechaban: por fin, muchas de mis operadas han sido esposas de médicos, ó enfermas que otros facultativos, que con una delicadeza de conciencia que les hace honra, me han confiado para ser operadas: por último, haré presente á la Academia, que estos casos abundan mucho, y que la sala que actualmente dirijo en el hospital de San Pablo, consagrada exclusivamente á enfermedades de mujeres, es otro teatro que me obliga á practicar la raspa con frecuencia en el cumplimiento de mi deber. Si se consideran estas razones, y, sobre todo, el hecho capital de no haber operado una sola vez sin extraer mayor ó menor cantidad de fungosidades, y siempre en presencia de otros médicos, no dudo que por su propio peso caerá ese falso concepto.

México, Julio 17 de 1878.

Dr. Martínez del Río.